

Tiran la piedra y no esconden la mano



Por Jorge Enrique Jerez Belisario

“Ustedes poseen miles de edificaciones en el viejo Camagüey, edificaciones que tienen un valor histórico y cultural muy grande”.

Fidel Castro, 1977.

Era el 11 de enero del 2016, a las 12:30 de la madrugada, cuando dos individuos de 29 y 43 años de edad, ladrillo en mano, arremetieron contra el cristal que cubre el sitio histórico “Asalto al carro celular”, en la céntrica esquina de las calles Rosario y Francisquito, el único objetivo de semejante vandalismo, según sus propias declaraciones, era regresar a un establecimiento penitenciario.

En ese lugar se recuerda uno de los hechos más audaces del Movimiento Revolucionario 26 de Julio en Camagüey, cuando el 16 de septiembre de 1958, a solo 200 metros de la prisión, un comando dirigido por Noel Fernández rescató a un grupo de jóvenes que iban a ser juzgados por oponerse a la dictadura de Fulgencio Batista.

Desde hace unos años se trasladó para el mismo escenario de la acción el vehículo en que conducían a los revolucionarios, con un buen estado de conservación, en un interés conjunto de la Oficina del Historiador de la Ciudad y el Gobierno en el territorio de acercar la historia a la gente, para que la vivan a diario y vayan más allá de lo que cuentan los libros de texto.

Lo que no imaginaron quienes idearon este sitio fue que durante un solo año, el 2016, los hechos del 11 de enero se repetirían en cuatro ocasiones más, por personajes de semejante calaña y propósitos, incluyendo uno que repitió la misma acción, sin

otro trasfondo que no fuese regresar tras las rejas. Inadaptados sociales con pésima conducta a quienes no les importó el valor patrimonial del lugar y mucho menos el costo de la obra, que incluyó una restauración a inicios de ese propio año, luego del primer hecho, como parte de la mayor inversión que Camagüey registra en su historia, para el cuidado, mantenimiento y protección del patrimonio tangible de la ciudad.

Gracias al cristal dúplex que lo cubre, material con un alto valor en el mercado, el carro celular no sufrió daños esta vez, pero se impone buscar una protección que vaya más allá de la brindada por la Central de Alarmas, y a ese cuidado “material” tenemos que sumar el que emane del respeto y la conciencia ciudadana.

No es solo ese sitio histórico el que muestra en Camagüey las huellas de la indolencia y la barbarie, de nada vale invertir millones de pesos en preservar la ciudad y la condición de Patrimonio Cultural de la Humanidad, que a gritos repetimos orgullosos los camagüeyanos dondequiera que nos paramos, si no nos preocupamos a la vez por la seguridad de dicho patrimonio. El reconocimiento de la Unesco no es de por vida y hay que mantener determinados parámetros para no ser borrados de la privilegiada lista, en la que solo hay cuatro ciudades cubanas.

Nos toca también a quienes vivimos en la urbe velar porque no se destruya nuestra historia, y así poder legar a los futuros camagüeyanos una ciudad tan o más conservada que la que nos dejaron nuestros abuelos y padres.

Los delincuentes del 11 de enero y otros ya fueron juzgados, podrían permanecer encarcelados hasta cuatro años, pero no todo se puede resolver con el peso de la Ley y el Artículo 243 del Código Penal cubano que tipifica el delito de Daños a los Bienes Patrimonio Cultural, se trata objetivamente de evitar tales hechos, y no permitirle a esos seres destruir lo que es de todos, tirando la piedra sin tan siquiera esconder la mano.

Por el ¿bien? de nuestros hijos



Por Amanda de la Caridad Tamayo Rodríguez (Estudiante de Periodismo)

Tus retoños abrirán un día los ojos a un mundo nuevo para ellos donde la única conexión con el pasado eres tú. Conocerás entonces a la persona más importante de tu vida, a la que dedicarás fuerzas, cuantiosos recursos y todo tu amor.

Tu bebé nacerá incapaz de defenderse, pero en un tiempo récord de aprendizaje conseguirá sentarse, mantenerse en pie y caminar. Aprenderá a reconocerte, identificar voces, y explorará con experta habilidad cuantos sabores, olores y texturas encuentre a su alcance. Desarrollará su habla hasta asimilar diez palabras por día, algo que ningún adulto es capaz de hacer. Empezará a contar, a distinguir los colores, las figuras geométricas y los estados de ánimo. Conseguirá manipular mediante el llanto o la sonrisa, y se reconocerá en el espejo.

Tiempo más tarde descubrirá que es un niño o una niña y un ser con propiedades distintivas. Pero justo cerca de esa autoconciencia, y de la aparición de las mentirillas piadosas, el querubín llegará a la edad más importante de su primera infancia: la filosófica edad del ¿por qué? Con una curiosidad insaciable, cuestionará todo para intentar darle sentido a su visión de la realidad; una mala costumbre que por desgracia casi todos perdemos.

Tendrás el privilegio de formar a un ser asombroso que casi nunca se queda sin energías, explora todo el tiempo y percibe desde las pequeñas hormi-

gas hasta los conflictos del hogar, cree que todos somos iguales y no hay imposibles, desconoce la muerte, el dinero y los ladrones, y hace lo que le da felicidad sin considerar lo que se espera de sí. Nunca se detendrá a pensar qué es correcto por ser hembra o varón, rico o pobre, blanco o negro, lindo o feo, católico o judío.

Y así es su vida saludable y sin prejuicios hasta que le enseñan a estarse tranquilo viendo animados “estupidizantes”, a no preguntar, a no tocar, a no hablar mientras la gallina no evacue su vejiga... en nombre de su salud le enseñamos a jugar dentro de la casa, en nombre de su educación le llevamos a la escuela a que coja cien, aunque no entienda, y en nombre de su bienestar le vestimos con ropa incómoda y le celebramos abrumadores cumpleaños que no disfruta.

Y luego conocerá que los varones no lloran y que las hembras se sientan con las piernas cerradas. Si es niño le buscaremos novia, quizá más de una para que “se haga hombre”, y si es niña se los prohibiremos. Él jugará con carritos para que se acostumbre a estar fuera de la casa y ella criará muñecas lloronas y fregará loza de miniatra, para que no le digan marimacho. Él no vivirá entre muchas mujeres para que no toque el maquillaje, y a ella le dirán que, en el mejor de los casos, las grandes mujeres van detrás de los grandes hombres.

Así crecerán y educarán un día a tus nietos. Herederos de semejante modelo, escogerán por su descendencia conservar en lugar de innovar, repetir en lugar de pensar, acostumbrarse en lugar de cuestionar. Por su “bien”, que no cojan lucha con lo injusto y lo erróneo. Por su “bien”, que aprendan a ocupar su lugar en el mundo. Por su “bien”, que no pierdan el tiempo en cambiarlo. ¿Por su bien?

El chusmicultivo



Por Rogelio Serrano Pérez

¿Cuántos no quisiéramos que el marabú se comiera, para así eliminarlo de la faz de Cuba? ¿Quién duda de que esta leguminosa es la más terca en eso de reproducirse? Sería tonto menospreciar a un enemigo tan formidable, pero debo advertir que en la reproducción de lo indeseable no es el marabú lo más alarmante en nuestro país. Hay otra maleza mucho más brava, más preocupantemente cotidiana, una capaz de espinarle más el camino a la nación de prosperidad que debemos construir: la chusmería.

El cultivo de lo chusma, o sea, el chusmicultivo, lo practican con éxito niños y ancianos, mujeres y hombres, blancos y negros, cultos e indoctos, en fin, es al parecer imparable.

“Hazme el favor, Fulano, y cállate la boca antes que se me suba lo de ... pa’ la cabeza y resuelva enseguida el problemita”. La

frase sale de la boca agrandada, deforme por la articulación desmedida, apoyada por un manoteo espantoso. ¿Quién puede adivinar que así habla una secretaria de un organismo estatal? ¿Quién puede creer que tales códigos se usen por alguien que trabaja a diario con el público?

“Mi amor, te estoy explicando que hoy no se hacen exámenes porque la fosa está llena. Tienes que venir otro día. Si vives tan lejos no es mi problema, yo solo te explico”. Las cejas arqueadas, la boca relamida suelta las palabras ardientes como hierro encendido. Sí, detrás de la bata blanca se descubre la chusma, la altanera, la Doña Bárbara que no ve a una señora desesperada, sino a un animal. “Es que la gente así no entienden nunca. Yo sí no me dejo meter el pie de ningún paciente, y si me tengo que botar pa’l solar, me boto”, le descubre a su compañera de guardia, y cómo contrasta la blancura de su bata con la oscuridad que desprende hasta por los poros!

“Mi gorda, me vas a matar si me sigues exprimiendo. ‘Mira, flaquito, cómprate un carro y no montes en guagua’. Oye, te dije mi gorda con cariño, tú me avisas

que te doy rápido una mandá pa... ‘Mira, so come...’”. De las palabras a los empujones. Les dan a los demás. Los demás les dan a ellos. “Caballero, por Dios, decencia”, pide una voz que suena a extraterrestre. “Chofe, pare. Caballero, está bueno ya”, reclaman otras más terrenales.

“Niño, me tienes hasta la coronilla. ¡Te voy a reventar la cabeza! Estate quieto ya”. No, no puede ser que un docente y un padre hablen así. No. Las palabrotas son cosa nueva, ese maltrato es de estos tiempos locos. No, ellos no dijeron eso, no puede ser. Que ellos hablen así lo explica todo: la indecencia de la secretaria, la profesional con verbo de populacho, la turba en la guagua. Si ellos hablan así lo echan a perder todo. Siembran la muerte de una sociedad. Fertilizan las neuronas para que fructifiquen la violencia de los reguetoneros, la violencia de Hollywood, la violencia en las familias. No da refugio, no sirve, es chusma.

En oficinas, calles, coches, ciudades, montes, la chusmería es cultivada con éxito. Las “maticas” son aptas para cualquier cerebro, y aventajan al marabú en que no necesitan esquejes, raíces o semillas,

sueltan esporas como los helechos y así se propagan.

Las autoridades, enteradas desde hace mucho de esta creciente infestación nacional, han elaborado fuertes y no tan reveladas campañas de fumigación ambiental. Se ha combatido a los cultivadores, que poseen la doble condición de víctimas y victimarios, con ondas radiales, televisivas y hasta en móviles cargadas de mensajes de bien público que explican la necesidad de ser cultos y virtuosos. Pero el efecto ha sido poco.

El culticultivo, único medio de demostrada efectividad para erradicar el ambiente cargado de chusmería, no ha tenido suficiente empuje, y de hecho, algunos estudiosos advierten sobre una peligrosa disminución de los sembrados de la sapiencia y la civilización.

Tener paciencia, mostrar educación formal, sonreír al interlocutor, atenderlo, dialogar... son comportamientos que escasean. Y los niños, que crecen imitando, son y serán los más perjudicados. Desbrozar de chusma a la familia, al centro de trabajo, al país, desbrozarnos, es tarea de primer orden si queremos conquistar el progreso.